

24 85

Revista

de

Ciencias Económicas

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

La Dirección no se responsabiliza de las afirmaciones, los juicios y las doctrinas que aparezcan en esta Revista, en trabajos suscritos por sus redactores o colaboradores.

DIRECTORES

Dr. José León Suárez
Por la Facultad

Alfredo H. Berros
Por el Centro de Estudiantes

Carlos E. Daverio
Por el Centro de Estudiantes

REDACTORES

Divico A. Fürnkorn
Mario V. Ponisio
Por la Facultad

Luis J. Mancini
Por el Centro de Estudiantes

Francisco A. Duranti
Por el Centro de Estudiantes

Año XVI

Agosto 1928

Serie II. N° 85

DIRECCION Y ADMINISTRACION
CALLE CHARCAS 1835
BUENOS AIRES

2146

Filosofía de la evolución ganadera argentina

*A medida que la industria acentúa su carácter de negocio
pierde el de título honroso*

Es un hecho, evidente, que la ganadería va dejando de ser la "industria madre", la ocupación halagadora y un título de orgullo para el argentino, a medida que la inmigración, el progreso material del país en todos sentidos y el régimen de la mesocracia cambia fundamentalmente el ambiente nacional.

Sería imposible que la industria que nació espontáneamente, hija legítima del consorcio de los descendientes de conquistadores y colonizadores españoles y de revolucionarios de la independencia con el suelo feraz de la pampa, el gaucho los campos abiertos o sin cercos interiores, la grasería y el saladero, no hubiese recibido el reflejo y las transformaciones de la inmigración, del refinamiento del ganado y, por consiguiente de su cría cada vez menos extensiva.

Las costumbres; las necesidades y los medios de satisfacerlas; el trabajo, la ganancia y el ahorro, no los inventa ni los improvisa el hombre sino que nacen de una adaptación de su espíritu al medio físico y social.

Esta adaptación, no es mecánica, ni es fatal; pero el poder del hombre no llega sino a modificar sus modalidades y efectos.

En un medio sin riquezas minerales, pero con un suelo abundante en pastos, el habitante tuvo que buscar en el hecho mismo de su ambiente físico la razón económica de su existencia y también el impulso psicológico de sus inclinaciones espirituales. Por eso, el argentino, hasta hace unos 40 años, era genuinamente ganadero. Buscaba en la ganadería el medio de vivir y de mejorar su situación económica y encontraba en ella una satisfacción moral y un orgullo de amor propio que no le sugerían ni el comercio, ni otras industrias que no tenían relación de continuidad en la tradición de padres a hijos.

Al variar los términos económicos de la industria, no han variado en la misma relación los factores psicológicos y, la consecuencia, es un desgano y una decepción que amenaza de generar en un abandono de las tareas rurales, únicas activi-

dades en las que, el argentino, mantiene su superioridad sobre el europeo.

Esto no ocurre "porque sí"; un vuelco psicológico, producto de diversas causas, ha convertido en aburrido y perezoso un trabajo que aunque hoy es menos rudo y con muchos menos peligros y privaciones, era antes, más amado porque se lo consideraba más honroso y digno de una misión del argentino bien nacido. Este cumplía su destino con decisión y energía como se cumplen los apostolados, buscando su satisfacción en su mismo cumplimiento, más bien que en la tasa de interés de la utilidad obtenida.

Este es el prefacio y la tesis que deseo someramente demostrar, como uno de tantos rasgos de la transformación total que se lleva a cabo en la República Argentina.

Es una mera tentativa de síntesis histórica con tintes filosóficos, sobre lo que fué, lo que es y lo que, probablemente será la industria pecuaria argentina.

La ganadería ha sido, para nosotros, además de un propósito económico, una preocupación integral de todas las facultades del hombre durante casi tres siglos. Así como la conquista fué el estímulo supremo para los romanos, la reconquista para los españoles, la navegación para los ingleses y diversas ideas fijas para otros pueblos, así mismo ha sido la ganadería un acicate, un ideal y una pasión para el argentino.

Si no se estudia y comprende bien la influencia múltiple, espiritual y material de la ganadería, no se explicarán las frases principales de nuestra evolución étnica, social, política y comercial. Esto sólo se puede saber, como informe primero e intuitivo, por la tradición, sin perjuicio de su contralor interpretativo, por medio de los hechos concretos, o por los consignados por escrito. Es una dificultad más para la mayoría de nuestros neo-historiadores que, por su origen, no disponen de más fuente de información que los documentos. Desgraciadamente, algunos olvidan que los "documentos" escritos, sobre todo los "oficiales", casi siempre, con la caricatura y no el retrato, cuando no la ocultación de la falsificación de los hechos y, más que todo, de las verdaderas intenciones de sus autores.

Los surcos profundos dejados en el espíritu argentino por esta idea-fuerza de la ganadería, especie de maquinaria secreta de nuestra vida nacional, intensamente concentrada durante 300 años, actúan y actuarán por mucho tiempo, modelando impulsos que parecen exabruptos e imponiendo direcciones que se creen espontáneas. Los signos de esta influencia persistirán hasta que el limo invisible de otras exudaciones, borre los viejos cauces, abra otros o nivele la inmensa reserva subconciente del cerebro humano con el rasero apocalíptico del determinismo económico de su historia y su pretendida secuela de una igualdad absoluta, no solamente en el goce de las posibilidades, sino, lo que es inicu, en el resultado de las actividades de cada individuo.

Las investigaciones biológicas modernas comprueban, en efecto, la influencia de la fuerza electrónica más allá del clásico límite de la quinta generación, que los nobiliarios genealógicos y los registros zootécnicos señalaban como meta del alcance hereditario. De aquí la conveniencia de que nuestros hombres públicos se preocupen un poco más de gobernar que de mandar, de prevenir que de vivir al día y de desentrañar el hilo de nuestro pasado, que rige el presente e influirá o serán decididamente influido en el porvenir. La etnografía no puede ser indiferente a un país que se forma a la manera del nuestro. Tengamos presente que la ignorancia o el abandono de los que tienen la responsabilidad de la administración pública pueden legar peligros pavorosos a las generaciones próximas; tales por ejemplo, los que derivan de una inmigración que puede ser mala por sus desarmonías fundamentales con el plantel a que se incorpora, aunque tenga buenas calidades, por efectos congénitos o por resabios sedimentados en las circunvoluciones cerebrales, a consecuencia de persecuciones milenarias.

No es el caso de hacer crítica histórica o consideraciones etnográficas, sino de aventurarse en una breve excursión filosófica.

Se me dirá que la filosofía prescinde de los hechos, como la historia de las ideas. Replico, que esa tesis es falsa y que ni la filosofía puede olvidar los hechos de donde extrae sus consecuencias y formula sus principios, ni la historia puede mirar con indiferencia las ideas que la mayor parte de las veces son las generadoras de los hechos. Sin el hecho geográfico de nuestro territorio, no hubiera prosperado la ganadería con los rasgos típicos y exclusivamente nuestros que tiene la industria. Esta, a su vez, originó costumbres, ideas e ideales que, a su turno, influyeron en la industria ganadera, acelerando u orientando su progreso. Solamente con un concepto distinto sobre el trabajo pecuario, en comparación con los demás, pudieron nuestros padres reaccionar contra la fuerza antepasada y convertir las labores ganaderas en una ocupación de honor personal y de orgullo nacional y crear en su espíritu una energía prepotente, porque además de una idea fué un sentimiento que hizo del ganadero argentino un zapador del desierto, animado por el fuego sagrado de los antiguos conquistadores españoles. Como éstos, pugnaban, no sólo por sí, sino por su Rey y por su Fe, los ganaderos argentinos pusieron todo su esfuerzo teniendo en vista, además de su beneficio propio, el interés público de la prosperidad de la riqueza pecuaria del país. Probablemente, con mucho de visión y algo de inconsciencia, el criador argentino, cual sonámbulo que desdeña peligros y previsiones, se identifica con la campaña, cree en ella, le da todo su ser, emplea la totalidad de sus medios y le confía el porvenir.

Tal es, para mí, la posición respectiva del factor humano en la industria ganadera argentina. Esto se conserva más o menos, aunque la influencia de otras necesidades, la gravita-

ción de nuevas ideas y costumbres traídas por la inmigración, las modas y el comercio internacional, cada vez más presionante como vehículo de lo exótico, variaron los elementos activos y alteraron la resultante psicológica, exclusiva, hacia la ganadería progresiva, para dar lugar a la agricultura y luego a las industrias fabriles que iniciaron el éxodo a las ciudades, la desaparición del gaucho y un cambio fundamental en la manera y en las orientaciones de la vida.

Durante la primera época, la ganadería parece que se dilata y se confunde con la pampa. El hombre adquiere la visión de lo inconmensurable y la mentalidad del avance ilimitado. La industria se asemeja a la caza y las "vaquerías" son verdaderas "cacerías". El hombre en la pampa se vuelve trashumante como el ganado en España. Más bien dicho, es errante, porque si vuelve querencioso al punto de partida donde fijó provisoriamente el hogar, es para salir de nuevo, en otro rumbo, generalmente para avanzar más, porque internarse en la pampa es su pasión inevitable.

La noción de la propiedad del ganado se hace un tanto insegura en la conciencia de la gente y la idea de que aquello no especialmente marcado, domesticado o sujeto al dominio personal, es bien común, como los demás animales en estado natural, gana camino en la mente del campesino, como que no importa sino la resurrección de nociones dormitantes que, pocos siglos atrás, imperaban en las costumbres de los campos castellanos. De ahí una moral especial sobre el respeto debido a la prosperidad semoviente que actúa como causa del delito de abigeato que, entre nosotros, ha tenido una estructura sociológica original y propia.

Desde el primer momento, el escenario del país impresionna en favor de la ganadería y, en pocos años, el caballo, animal desconocido cuando llegaron los españoles, aunque había existido en épocas geológicas anteriores, se habrá multiplicado en tal número, que en el transcurso entre las dos fundaciones de Buenos Aires, esta parte de la pampa apareció con yeguada suficiente para proveer de caballos a los indios y dar motivo de anotar las primeras bagualadas y el principio de la costumbre indígena de considerar alimento apetecible la carne de yegua y, especialmente, el matambre de potro que, con la picana y alones de avestruz, constituyeron, hasta nuestros días, manjares de festín para los últimos gauchos auténticos que algunos hemos alcanzado a conocer.

A fines del siglo XVI se nota cierta abundancia de ganado vacuno. La industria casi urbana en los primeros años, se va haciendo arrabalera y de éjido, hasta convertirse en francamente rural y, por último, en aprehensible, casi como la caza mayor. En estos primeros tiempos, como recuerda Heriberto Gibson, "las vacas eran pastoreadas de día y encerradas de noche". Poco más tarde, vino la "marca" autorizada por el Cabildo y pasarán más de dos siglos para que llegue la práctica del alambrado de hierro o acero, a cuyo

primer iniciador, (Ricardo Newton), acaba de tributar homenaje a su memoria, la Sociedad Rural Argentina.

Es este largo período que va de fines del siglo XVI a principios del XIX y que abarca más de doscientos años, que se desarrolla la idiosincrasia ganadera nacional, cuyas raíces psicológicas, políticas y sociales predominaron durante casi todo el primer siglo de vida independiente y aun, en parte, persisten. Algunas de sus fuerzas directrices perdurarán en la elaboración del pueblo argentino que, Dios mediante, esperamos resultará homogéneo y apto, con modalidades modernas y propias, pero características fundamentales tradicionales, es decir, antiguas, ya que las sangres como las razas, no se improvisan, sino se forman lenta y básicamente. No hay combinación perfecta sin levadura; ni fusión homogénea sin fundente; lo mismo en demotecnia que en zootecnia.

En este primer largo lapso, la ganadería vacuna es el factor económico y monetario por excelencia. Ella da valor a los campos, sirve de relación en los cambios y alimenta el único comercio importante de nuestros pobres abuelos, la exportación de sebo, grasa y cueros. El ganado yeguarizo desempeña un papel auxiliar providencial. Sin el caballo, la industria ganadera en campos abiertos y en llanuras sin horizontes, fuera imposible. Sin la yegua para entretenimiento alimenticio del indio, la cría de vacas en la frontera habría sido muy difícil.

Unos y otros elementos, bovinos, equinos, españoles e indios, originan la industria rural ganadera, propia de la colonia, en la que, durante la segunda mitad del siglo XVII, se distingue como factor preponderante el gaucho, que desempeña una misión irremplazable, hasta que empieza a declinar, cumplida ésta, a medida que avanza el siglo XIX, y el alambrado, la agricultura, el inmigrante, los transportes modernos y las exigencias inexcusables de la economía política, terminan su existencia con la tranquilidad de un sol poniente.

A fines del siglo XVIII empieza a prepararse y exportarse carne conservada por la sal. Se considera un gran adelanto, que marca etapa en la industria pecuaria. Si, parodiando las grandes divisiones de la historia por el instrumento principal que usó el hombre, dividiéramos la evolución ganadera en *edades*, la primera sería la "edad del cuero" y la segunda la del "saladero", que dura hasta la edad del "frigorífico" y pasa, en estos momentos, por la edad de transición, hasta que encauce otro rumbo que, para mí, no puede ser sino el que conduzca a la "edad de la granja".

Todas estas "edades" de nuestra evolución ganadera, tienen sus "épocas" y así como en la "edad de piedra", hay la paleolítica y la neolítica, podría dividirse la primera en las del "sebo" y del "cuero"; la segunda en la del "charque" descuidadamente salado y la del "tasajo", propiamente dicho, esmeradamente preparado, que comprende, además, como rasgo de progreso y superioridad, el aprovechamiento de subproductos de uso alimenticio que antes se desperdicia-

ban. Inútil es decir que la "edad del frigorífico" que comienza en 1882, puede dividirse en la de la carne *congelada* y la *enfriada* (Frozen and chilled beef).

Cabría, aún, señalar épocas intermedias en la industria de la carne, así como las hay en la industria humana. Entre la piedra pulimentada y el bronce, está el cobre, por ejemplo: y entre el saladero y el frigorífico, las fábricas de carnes conservadas por otros medios y que se conocen con la denominación genérica de "carne en lata", cuya acción se prolonga junto al frigorífico y tiene vastas perspectivas para mercados a los cuales no conviene la carne conservada por el frío, por la distancia, por la falta de elementos descongeladores, por preocupaciones o peculiaridades dietéticas de los habitantes.

La revolución de la independencia ensanchó, en todo sentido los horizontes de la ganadería; hubo mayores alicientes de mercados, subieron los precios, se inicia una clasificación en la categoría de las carnes, lo que indujo al refinamiento y, la profesión ganadera, la empírica que era, se va convirtiendo en científica, aumentando el prestigio político y social de los que se dedicaban a su explotación.

Heriberto Gibson que redactó, a mi indicación, para el Censo agropecuario de 1908 (de cuyos cuatro directores sólo sobrevive el que escribe), una de las mejores historias sintéticas sobre la ganadería, llama al período inmediatamente anterior a la independencia, "reserva colonial", porque, efectivamente, a todos los beneficios que nos legó el coloniaje, debemos, en lo económico, el habernos entregado la industria madre formada y en condiciones de entrar a la vida adulta. "Entre aquella reserva colonial, dice Gibson, iban penetrando los primeros fundadores del gremio estanciero, baluarte de la independencia y arquitecto de la riqueza nacional. De estirpe gentil y de espíritu apasionadamente nativo, los primeros estancieros argentinos reunieron toda la destreza del gaucho pampeano con la intelectualidad de una clase nacida para mandar. Haciendo nuevamente la conquista del desierto, llevaron a las vastas tierras de su herencia la voz del orden y la organización inteligente y metodizada de la industria que reconocieron como la más digna de su tradición."

Esta transcripción del ilustre autor angloargentino no es todo lo que se podría decir, pero basta, porque es suficiente.

El ganado ovino no tuvo casi papel en la economía pecuaria hasta el siglo XIX y la lana fué el producto principal que se explotó. Durante el coloniaje se usaba lana de alpaca, llama o vicuña, de preferencia a la de oveja.

El ganado yeguarizo, fuera de la provisión de caballos en todo el país y de mulas en las regiones serranas, no tenía mayor aplicación. Por eso se sacrificaban enormes cantidades de yeguas para grasería y para utilizar el cuero. Esta práctica, que parece tan primitiva y lejana, se prolonga hasta ahora 40 o 45 años, en la provincia de Buenos Aires; y era frecuente matar "a martillo" los potrillos, para que las ye-

guas engordaran pronto y poderlas vender para grasería, unos cuantos meses antes...

El ganado cabrío, que desde el siglo XVI se introdujo al interior de la actual República, es el que menos ha evolucionado. Puede decirse que, con muy pocas excepciones, el ganado cabrío se ha transmitido intacto por degeneraciones sucesivas, hasta nuestros días. Nada justifica este abandono en presencia de lo que han conseguido en los Estados Unidos los criadores de cabras. Si en algún país la industria de la ganadería caprina puede combinarse con la aplicación de artes domésticas femeninas, es en el nuestro. En las provincias del interior, que fueron jurisdicción de dominio, o simplemente zona de influencia del Imperio Incásico, nuestras mujeres tienen una inclinación natural, y antecedentes consuetudinarios arraigados, a ciertas artes manuales de las que el pelo y el cuero de cabra son su materia prima. Durante la época colonial se fabricaron, en las provincias de Córdoba y Tucumán, los famosos cueros caprinos curtidos y labrados, llamados *cordobanes*, que son todavía adornos de algunos altares lujosos o piezas de museo. ¿Por qué no se fabricarían en nuestros días, siendo así que la posibilidad de adquirirlas ha aumentado considerablemente, en materia de esta clase, comparados los tiempos con la verdadera escasez y pobreza de ahora con los de hace uno o dos siglos?

La industria del cerdo está también desproporcionadamente desarrollada y aunque su importancia ha aumentado, no ha alcanzado, ni cerca, la que correspondería a diez millones de habitantes, que consumen por 20 de otros países. El día que se establezca un comercio de exportación firme y continuado de carne porcina, la industria del cerdo adquirirá, inmediatamente, una importancia considerable, como ocurrió con la carne ovina y bovina. En un país productor de maíz hasta el exceso y que empieza a serlo, en escala sensible, de artículos provenientes de la leche, es una anomalía que el cerdo no constituya una industria de primer orden.

La prosperidad de la industria pecuaria, aguijoneada por la noble emulación de los criadores (estancieros) de distinguirse personalmente, honrando y sirviendo la riqueza del país, nos condujo a la vía en la cual la industria bovina alcanzó la cima de sus destinos, en cuanto a producción de carne. Es un caso interesante de conjunción del factor económico con el psicológico, que demuestra cómo se puede llegar a obras maestras, en ganadería, como en artes, cuando, además del *negocio* se pone un poco de *alma* en las actividades para realizarlo y, con el alma, algunos ideales por encima del cálculo y del lucro contante y sonante del momento.

La Exposición de Ganadería de Palermo es la primera en su género. Los campos han mejorado, aumentando su capacidad receptiva hasta seis y ocho veces en las principales zonas. El procreo ha aumentado también, aunque no en las proporciones que es susceptible.

Las perspectivas son de aumento en la demanda de carne

en el mercado del mundo, aumento que excederá al que puede ampliar la producción.

Opino, en cambio, que la producción de cereales puede guardar proporción con el consumo.

La población crece en el mundo y empezará a ser excesiva dentro de poco más de 50 años. Gana terreno la idea igualitaria en alimentación, como en todo. Actualmente hay una desproporción notable en Europa entre lo que el pueblo desearía consumir y lo que puede consumir en materia de carne. No es que falte carne en Europa; la hay muy buena, pero no está al alcance económico del 50 % de los consumidores. En el cantón de Ginebra, regido por una administración socialista, que se considera modelo, he comprobado, sin embargo, que funcionan varias "carnicerías de caballo" y la gallareta que, entre nosotros, no tiene ningún uso, se exhibe en las vidrieras de algunos restaurantes con el pomposo nombre de "poul d'eau", a un precio equivalente a cerca de un peso de nuestra moneda. Si esto ocurre en un centro de población de los más refinados del mundo, donde los salarios son, relativamente, excesivos, puede suponerse lo que ocurrirá en el resto de Europa.

El consumo de carne entra en las mentes europeas (y empieza a ser lo mismo en las asiáticas), no sólo como programa de necesidad *material*, sino de necesidad *moral*. Las tierras aptas para ganadería están casi todas explotadas. El trabajo que queda por hacer es refinar los campos para aumentar su capacidad ganadera y mejorar el ganado para aumentar su rendimiento. Pero este aumento de producción no estará en relación con las cantidades que los pueblos van a exigir a medida que, apoderándose de la dirección política, impongan la igualdad económica y social, tal como ellos la entienden. En cambio, la producción agrícola es susceptible de ser aumentada considerablemente. Y, en Europa, sabe esto hasta el último de los izquierdistas políticos; ninguno piensa que su país se basta en la provisión de su carne, pero nadie duda que la mayoría de los países de Europa pueden aumentar un 30 % y aun, algunos, un 50 % y más, y de los que hoy producen trigo. Por otra parte, el Orinete europeo puede, en un momento dado, si se tranquiliza Rusia, abastecer de trigo al viejo Continente.

En la Conferencia Económica celebrada en mayo, en Ginebra, el delegado ruso, señor Ossinsky, predijo que su país estaría pronto en condiciones de inundar el mercado de trigo y que la política del Soviet, con la que estaban de acuerdo todos los socialistas europeos, era, a partir de 1927 en adelante, aumentar todo lo posible la capacidad de los obreros para adquirir trigo y ofrecer éste al menor precio, en los mercados de Europa.

Lo que ocurre, además del momento de transición en todo sentido porque atraviesa el mundo, es que los ganaderos argentinos han perdido un poco la fe de cruzados que los inspiraba, desde el coloniaje, hacia la industria ganadera,

al mismo tiempo que los gobiernos, no sólo nada eficaz han logrado proceer para ayudar la industria madre y noble, sostenedora de la tradición y de la grandeza nacional, sino que han contribuído a aumentar su mala situación, recargándola con imposiciones inaguantables y sin buscarle otros alicientes, ni nuevos mercados.

Los impuestos que hoy se pagan en la Provincia de Buenos Aires son simplemente antieconómicos para un país nuevo en pleno desarrollo y con su economía enmarañada y explotada, hasta la usurpación, por el capitalista y, sobre todo, por el intermediario extranjero.

Entre el producto del país y el consumidor del exterior, se interponen el frigorífico o la casa exportadora y ambos se quedan con la mayor parte del beneficio, circunstancia que obliga, al que consume, a restringir sus compras y, al que produce, a disminuir su utilidad hasta reducirla a *déficit*.

El habitante de la Argentina va perdiendo la psicología del avance en la pampa y de la explotación de la ganadería.

La agricultura no lo seduce. Los impuestos han detenido y quebrantado el ritmo económico del valor de la tierra rural que, un notable economista, Eteocle Lorini, asombrado de su aspecto original, tuvo que definir en una forma especial, diciendo que el valor de la tierra, en la República Argentina, no representa el de una renta actual, sino el de una futura y próxima. Pero, el Fisco, con su voracidad insaciable e impaciente, se come, como Saturno, a sus propios hijos, que podrían seguirlo enriqueciendo y eleva la tasa de las imposiciones y sube las valuaciones sin tomar en cuenta la profunda observación de Lorini y, como el valor de la tierra es accidental y representa el descuento de un optimismo predominante en nuestra psicología secular, desde el gobierno de Rodríguez-Rivadavia, a la ya menguada renta de la tierra se agregan las imposiciones antieconómicas y francamente brutales, tratándose de un país en formación, que requiere importación de hombres y, sobre todo, de capitales.

Los argentinos han perdido lo que los norteamericanos llaman el principal motor y el secreto de su actividad económica: el *pluck*, esto es, el *empuje*. Los desaciertos de los que gobiernan y el cambio de ambiente los ha traído, a la realidad primero, y al pesimismo luego. Tan veo así las cosas ganaderas, que para la Tercera Conferencia Económica Nacional que se efectuó en julio de 1928, propuse para la Sección 2a. (Economía Ganadera), que tuve el honor de presidir en sus tareas de organización, temas como este: "si la evolución ganadera determinada por el mejoramiento constante de la calidad de carne debe seguirse, variarse o detenerse".

Ha llegado, en efecto, el caso de dudar si es económicamente conveniente seguir mejorando el tipo fino de carne inglesa, a base de costosísimos reproductores, con los precios que se pagan y, sobre todo, con el margen de utilidad que está dejando la industria ganadera. Como se ve, está involucrada en esa cuestión la posibilidad de todo un vuelco de la evolu-

ción ganadera que, quizás, ya no seguirá en línea recta, siempre avanzando, sino diversificada en curvas y quebradas; la probable crisis de la cabaña y la honrosa primacía universal de la Exposición de Palermo, están en juego. Pero ¿qué hacer? Nuestro país es un mercado productor demasiado grande y la Gran Bretaña es ya un mercado pequeño para que podamos entendernos económicamente mediando, como existen, tantos intermediarios, tantas gabelas y tantos peligros (la actitud de los Dominios Británicos, las incertidumbres de nuestra política, a base de promesas de empleos sustentados por nuevas imposiciones; la eventualidad de prohibiciones de importar carne, con motivo o so pretexto de la transmisión del virus de la aftosa, que dicen resiste al frío!...)

Hay que aumentar los mercados actuales y buscar otros. La época exige no esperar a que los mercados se abran espontáneamente, sino golpear sus puertas con ofrecimientos convenientes.

Todo eso y mucho más debe ocurrírsele a los hombres de gobierno que tienen amplios medios de observación y de acción; hay que adoptar una actitud con urgencia. Y procurar siempre tener presente que la filosofía no está en pugna con nada, ni con la economía, y que prosiguiendo nuestra marcha majestuosa de tres siglos, hacia un progreso ganadero constante, volvamos a encender en la mente argentina el deseo, el honor y el patriotismo de la ganadería, no ya, siempre, en forma de "estancia", como antes, sino más o menos transformada, o en trance de transformación, hacia la granja, o sea la explotación mixta agrícola-ganadera, asociada no sólo con los productos del cerdo y de la leche, sino con las industrias auxiliares menores, como la avicultura, apicultura, la piscicultura, la cría de animales pelíferos y tantas otras que fortifiquen económicamente el negocio contra las eventualidades frecuentes que unas veces afectan la agricultura, otras la ganadería y, en pocas ocasiones, a ambas fuentes de producción.

En resumen: causas económicas han transformado la industria ganadera argentina; pero causas psicológicas han muerto en el argentino el impulso que era honor, amor propio y amor patrio por esa ocupación.

La profesión ganadera daba valimiento moral y relieve social a los que la ejercían, cualquiera que fuera su origen o linaje. Hoy, la avidez fiscal ha desmedrado y envilecido el negocio y, lo que es más sensible, ha extinguido el espíritu como una realidad y como una representación ganadera. En esta industria ya nadie tiene fe ciega, porque nadie la quiere, ni ve en ella, como antaño, un destino digno, amado y amable, sino simplemente una especulación o un negocio como otro cualquiera.

No tengo añoranzas por el gaucho, ni menos por el indio, ni por las costumbres de las antiguas estancias, sino que lamento la desaparición prematura, y sin el conveniente reemplazo de una clase dirigente, a la vez tradicional y progresista,

como eran los ganaderos, gremio que hizo la independencia y organizó la nación, con amplio espíritu humanitario para el extranjero y para los nuevos ganaderos, así fueran éste vascos, irlandeses o de cualquier nacionalidad.

Esa clase de argentinos que trabajaba en su negocio rural, contraloreaba la marcha política con miras levantadas hacía falta durante muchos años todavía, en nuestro país, que ha recibido tantos elementos extraños, no siempre asimilables y, por consiguiente, no todos propicios para ser dirigidos y confundidos con el alma nacional!

JOSE LEON SUAREZ
